

Los días de la «Nueva España»: entre la «revolución nacional» y el peso de la tradición

Ángela Cenarro
Universidad de Zaragoza

«El Calendario Oficial del nuevo Estado Español tendrá las conmemoraciones destacadas que sinteticen los diversos jalones de esta época de resurgimiento patrio (...); no es posible dejar con subsistencia, hasta el señalamiento de las festividades nacionales, aquellas que carecen de contenido propio, se revisten de un marcado carácter marxista o se fijaron para mediatizar páginas de nuestra historia, que lentamente se trataba de borrar en la auténtica conciencia de nuestro pueblo»¹. Con este preámbulo, el general Francisco Franco, al frente del «Gobierno del Estado» español, introducía una serie de cambios en el calendario de fiestas en plena guerra civil. Los días señalados, escogidos cuidadosamente, debían erigirse en adecuadas referencias culturales para cimentar las bases ideológicas de la emergente «Nueva España». La dimensión simbólica de los días festivos se convertía así en un mecanismo para configurar el Estado y la sociedad. Pues como la celebración de las fiestas quedó sometida a un control exhaustivo, tales fechas se convirtieron en uno de los instrumentos que los militares sublevados utilizaron para acercarse a las masas. Al fin y al cabo, su presencia era fundamental para la guerra que se estaba librando, pero también, aunque de otra manera, para crear esa nueva sociedad que anhelaban. De ahí que la instauración (o restauración) de ciertas festividades persiguiera dos objetivos fundamentales. Uno, socializar a amplios colectivos en los

¹ Decreto núm. 253 del Gobierno del Estado, de 12 de abril de 1937, que suprimía los días de fiesta republicanos y declaraba fiesta nacional el 2 de mayo.

principios de ese proyecto contrarrevolucionario que se había impues-
to por las armas en julio de 1936, y otro, ofrecerles unos cauces,
siquiera estrechos, para su necesaria participación en esa nueva «co-
munidad nacional» que se estaba forjando².

Fiestas para tiempos de guerra

Estaba cerca el día de Santiago, el patrón de España, cuando el golpe militar tuvo lugar. Los festejos previstos en la localidad compostelana combinaban la solemnidad de la tradición con los rasgos de la fiesta popular. Gigantes y cabezudos, cucañas, fuegos artificiales, verbenas y música en la Alameda a cargo de la banda municipal se alternaban con las novenas, las misas, la peregrinación encabezada por el deán de la Catedral de Toledo y la secular procesión mitrada por el interior de la basílica. Como también era la fiesta de Galicia, una procesión cívica iba a dirigirse a la Plaza de la República para rendir un homenaje a Rosalía de Castro. Y, por supuesto, no podía faltar la tradicional Ofrenda al Apóstol. Era éste un rito de enorme arraigo que había continuado realizándose a lo largo de la etapa republicana, por mucho que el gobierno hubiese retirado la subvención y la participación en ella de sus representantes. Ya en 1931, una suscripción popular organizada por la Archicofradía del Apóstol había conseguido reunir una cantidad superior a la consignada en el presupuesto y, como las demás funciones religiosas también se mantuvieron, la fiesta pudo celebrarse «con el esplendor y la solemnidad de costumbre»³.

Muchas cosas cambiaron tras el 18 de julio de 1936, y la fiesta de Santiago no fue una excepción. En la tarde del día 24, la banda de música municipal fue sustituida por otra de carácter militar para el concierto en la Alameda. Y el día 25 se celebraron en Santiago de Compostela la misa de pontifical y la Ofrenda, a cargo del arzobispo

² Sobre la participación de las masas en la sublevación militar, así como la necesidad de canalizarla adecuadamente, véase UGARTE TELLERÍA, J.: *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

³ ABC, 26 de julio de 1931, donde también figura el dato de la suscripción popular para sufragar la ofrenda y la entrega realizada por Ramón Fabeiro, el presidente de la Liga de Amigos del Apóstol. Las celebraciones previstas para el 25 de julio de 1936, en el *Programa de Fiestas de Santiago de Compostela*, 1936.

y el presidente de la Archicofradía del Apóstol, Ramón Fabeiro, respectivamente. Miles de católicos recibieron la comunión en los diversos templos de La Coruña, para «impetrar del Santo Apóstol la salvación de la patria». Los fieles estuvieron rodeados en todo momento de jefes, oficiales y soldados del Ejército nacional, cuya presencia «producía verdadera emoción». La discreción de las celebraciones en Galicia contrastó con el tono exaltado de la fiesta en Sevilla, una de las grandes capitales que pocos días antes había quedado en manos de los sublevados. «El sol del día de Santiago alumbraba la victoria de los que luchan por una España Nueva, que se apoya en la auténtica tradición de libertades», rezaba el titular del *ABC* del 25 de julio. Las fuerzas de los Requetés, perfectamente uniformadas, desfilaron tras recibir la sagrada comunión hasta su cuartel provisional en la Plaza Nueva, en presencia de «muchísimo público, que constantemente le aplaudían (*sic*)». Pero el periódico, ya en manos del general Queipo de Llano, iba más lejos. Su discurso aspiraba a monopolizar la idea de España al identificar a su patrón con la causa de los militares insurrectos y hacer un provocador llamamiento a los ciudadanos:

Para el día de Santiago, Patrón de España

«¡Católicos españoles y personas de orden y de toda España! ¡Ha llegado el momento de que todos sin excepción brinden su concurso personal a las autoridades militares y al Ejército que lucha para salvar a la Patria de que caiga en las garras de la Anti-Patria!»⁴.

Para quienes habían empuñado las armas con decisión, el encuentro con las masas significaba varias cosas. En primer lugar, en sus mentes estaba claro que la sociedad española necesitaba experimentar una depuración en profundidad. Ningún espacio escapó a la naturaleza excluyente de esa contrarrevolución puesta en marcha durante el verano de 1936. Los tiros en la nuca y los consejos de guerra fueron sólo la cara más dramática de ese proyecto de purificación que dejó detrás un triste legado de muerte, exilio y miseria. La expulsión de esos elementos que se consideraban ajenos a la sociedad

⁴ El párrafo es de *ABC* (Sevilla), 24 de julio de 1936. Los datos de la celebración en Santiago de Compostela y La Coruña, en *El Ideal Gallego*, 25 y 26 de julio de 1936. En este periódico las celebraciones en torno a Santiago sólo fueron objeto de una pequeña nota en la p. 4.

española porque habían mancillado «las esencias hispanas» era el primer paso para crear una verdadera «comunidad nacional», fuerte y compacta, capaz de invertir ese supuesto proceso de «degeneración» en el que estaba sumida desde hacía décadas. Frente a la «degeneración» que encarnaban el liberalismo y la Segunda República había que oponer la «regeneración», pues sólo así, decían, España podría satisfacer su permanente vocación imperial. No es de extrañar, por consiguiente, que las primeras decisiones tomadas por Franco en materia de fiestas aludieran a que estaban «interpretando el espíritu tradicional del pueblo español». Lo curioso era que para recuperar lo viejo, las esencias inmutables, tenían que utilizar métodos nuevos y recurrir al apoyo de las potencias fascistas. Para explicar (y explicarse) esa dicotomía, los ideólogos del nuevo régimen tuvieron que recurrir a no pocas componendas intelectuales⁵.

En segundo lugar, una vez realizada la adecuada purga, había que construir y, para ello, era necesario integrar. La sociedad española había salido profundamente dividida de la guerra, y el terror, imprescindible en un primer momento, debía cambiar sus formas. El «Nuevo Estado» tenía que ofrecer su mejor cara, la violencia ocultarse tras los muros de las prisiones u otros espacios cerrados y los españoles, decía el discurso oficial, no debían tomarse la «justicia por su mano». Para eso estaba la «justicia serena» del caudillo, que les animaba a delatar a sus vecinos ante los fiscales de la Causa General. La integración, por consiguiente, sólo sería posible por la vía de la subordinación y el control. La celebración de los días festivos debía contribuir a forjar la «Nueva España», por eso se perseguía fascinar y sobrecoger a quienes contemplaban unas ceremonias rígidamente jerarquizadas, plagadas de cruces, uniformes, banderas y camisas azules. El lugar de la población estaba en los márgenes de esa liturgia, civil y religiosa a la vez, que invadía el espacio público. El protagonismo absoluto lo tenían las autoridades nacionales, provinciales o locales, así como las múltiples «jerarquías» de la Iglesia o el partido único. Las masas, si no estaban encuadradas, podían contemplar los desfiles, alinearse al paso de una procesión o asistir a misa. Su

⁵ El entrecomillado procede del decreto de 6 de diciembre de 1938, que declaraba día feriado el 8 de diciembre para conmemorar la fiesta de la Inmaculada Concepción. Sobre las componendas, véase MORODO, R.: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza, 1985.

presencia estaba ordenada, reglada y puesta al servicio de la aclamación a los representantes del emergente Estado franquista.

Los primeros decretos después del golpe militar fueron para declarar feriados los días correspondientes a festividades católicas importantes, como la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1936, y los días de jueves y viernes santo de 1937, que habían dejado de serlo en octubre de 1931. El exclusivismo con el que se recuperaban estas celebraciones era incompatible con la persistencia de otras que recordaban la materialidad de lo humano. De ahí que una orden del 3 de febrero suprimiera la fiesta del Carnaval, debido a las «circunstancias excepcionales por las que atraviesa el país». La «exteriorización de las alegrías internas», decían, se compaginaba mal con «la vida de sacrificios que debemos llevar». Daban por supuesto los militares rebeldes que si había hombres luchando «con tanto heroísmo como abnegación y entusiasmo», los hermanos de la retaguardia debían canalizar sus energías hacia todas esas actividades que repercutieran en beneficio del frente de batalla. Lo que aún no sabían los soldados ni los civiles era que ese espíritu de sacrificio impregnaría la totalidad de sus experiencias cotidianas durante una larga posguerra.

Inmediatamente después, cuando se acercaba la fecha del 14 de abril, tuvieron que apresurarse a borrarla del calendario. El 12 de ese mes, un decreto estableció que los días 11 de febrero, 14 de abril y 1 de mayo se considerarían laborables y computarían como hábiles para todos los efectos. Pero no contentos con ello, los militares sublevados aprovechaban la ocasión para imponer nuevas referencias simbólicas que dieran sentido a la batalla que estaban librando en buena parte del territorio nacional. En un claro intento de estrechar lazos con las «naciones amigas», que tan rápidamente habían acudido a la llamada del general Franco, el artículo segundo establecía que «el lapso de tiempo que media entre el 17 de julio de 1936 e igual fecha del presente se denominará *Primer Año Triunfal*, teniendo en este período como Fiesta Nacional la del Dos de Mayo». Además, por si estas palabras no eran suficientemente explícitas, el artículo final recordaba que en el futuro calendario oficial de fiestas estarían señaladas «las festividades del *Triunfo*, la de la *Amistad de los Pueblos Hermanos* y la del *Trabajo Nacional*»⁶. Los hombres de la Junta Téc-

⁶ Los entrecorridos proceden del Decreto núm. 253, de 12 de abril de 1937.

nica de Estado confirmaban que entre sus intenciones no sólo estaba arremeter contra la Segunda República o lo que quedaba de ella, sino también alinearse con las potencias fascistas, emular, en la medida de lo posible, su parafernalia externa y su discurso, pero, sobre todo, imitar sus propuestas para organizar el Estado y encuadrar a la sociedad.

Todo ello en un momento decisivo desde el punto de vista de la construcción del «Nuevo Estado» franquista. Los primeros meses del año 1937 fueron testigo de los múltiples intentos de algunos hombres que rodeaban al caudillo, como Serrano Suñer, por terminar con esa especie de estado campamental en el que se había convertido la retaguardia insurgente desde el golpe militar. La creación de un partido único se preveía como la mejor solución para que la unidad y la subordinación, impuestas por el estado de guerra y la militarización, se extendieran a la esfera de la política. La iniciativa de Serrano Suñer abrió expectativas al que era la cabeza visible de Falange desde hacía varios meses, Manuel Hedilla, así como también a los alemanes e italianos favorables a la idea de que prosperara un partido de estilo fascista. Ahora bien, la dinámica de la configuración del poder en la España insurgente encumbró al general Franco a la jefatura del nuevo partido único, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, el 19 de abril. De manera que, en ausencia de un calendario de fiestas definitivo, las referencias a la retórica mussoliniana parecieron las más adecuadas para compensar a esos «camaradas» falangistas decepcionados por la forma en la que se había resuelto la Unificación. Además, al igual que lo hacía la dictadura fascista italiana, denominar *Primer Año Triunfal* a los doce meses que seguían al 18 de julio subrayaba la idea de ruptura con respecto a todo lo anterior y contribuía a disimular el carácter reaccionario, en absoluto «revolucionario», del nuevo régimen⁷.

A partir de entonces estuvo clara la conveniencia de realzar determinadas fechas claves para la «Cruzada de liberación», pues al pin-

⁷ La denominación de *Año Triunfal* al período de tiempo que se inauguraba cada 18 de julio se confirmó por el decreto de 15 de julio de 1937. Era una clara imitación de la decisión que el «Duce» había tomado en 1923 para exaltar el carácter revolucionario del régimen fascista. Esto se conseguía al conmemorar la «Marcha sobre Roma» como el inicio de la «era fascista» mediante la aposición de un número romano que aludiera a los años transcurridos desde el 28 de octubre de 1922, como «*Anno primo dell'era fascista*». Tal decisión formaba parte de la creación de una nueva liturgia del Estado por parte de Mussolini. Todo ello en GENTILE, E.: *Il culto*

tarlas de rojo en el calendario podían convertirse en puntales de la legitimidad de los sublevados. Era necesario construir a la vez que se destruía, sobre todo si había un afán de perdurar al frente de un régimen cuya configuración definitiva no estaba del todo clara. Y para ello, entre otras muchas realizaciones, nada mejor que establecer nuevas festividades, más celebraciones de la «gesta heroica». Un decreto del 15 de julio de 1937 declaraba día de Fiesta Nacional el 18 de julio, «fecha en que España se alzó unánimemente en defensa de su fe, contra la tiranía comunista y contra la encubierta desmembración de su solar». Con esta decisión se pretendía no sólo rendir homenaje a cuantos «en ese despertar imperial escribieron con su sangre la ejecutoria de una nueva era», sino también marcar un hito en el tiempo con la esperanza de que en el futuro «su misión redentora» recibiera el «más universal de los reconocimientos». Así, la celebración del Dos de Mayo, de claras connotaciones liberales, dejaba paso a otra más acorde con la inauguración de una nueva era marcada por la militarización y el estado de guerra.

Unos meses después llegó el aniversario de ese «momento histórico» en el que Franco había asumido «por la gracia de Dios y verdadera voluntad de España» los máximos (y la totalidad) de los poderes. Había que conmemorar los «lauros» que incesantemente conquistaba y la gran cantidad de suelo patrio que «liberaba del marxismo destructor». De ahí que la España nacional, «consciente de cuánto debe a su Caudillo», quisiera rendirle un homenaje de adhesión y gratitud. Con estas palabras se justificaba la declaración del 1 de octubre como Fiesta Nacional del Caudillo, decisión que tenía mucho que ver con el culto al líder, una pieza clave en el proceso de articulación política y social de los regímenes fascistas⁸. En 1938 el recién creado Ministerio del Interior imponía una nueva Fiesta Nacional. Se trataba del 19 de abril, aniversario del decreto de unificación, que había mostrado que «de la unidad de los hombres

del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista, Roma, Laterza, 1994, especialmente en pp. 100 ss.

⁸ Los fundamentos teóricos y la función social del principio del liderazgo han sido analizados en los trabajos de NEUMANN, F.: *Bebemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 107 ss., y KERSHAW, I.: *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1987. Ambos han recogido el legado de Max Weber sobre la funcionalidad del «líder carismático» en la articulación política de determinados regímenes.

se ha derivado la unidad de las clases y la unidad de las tierras». Una celebración como ésta, de carácter eminentemente político y civil, dotaba de solidez a ese «Estado Nuevo» que tenía ya sus órganos, sus instituciones y sus principios ideológicos, gracias a la creación del partido único Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Y también su estilo propio, el de la «Revolución Nacional». La cercanía del triunfo estaba ya muy presente en el decreto del 16 de noviembre, que convertía el aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera en día de luto nacional, autorizaba a inscribir en los muros de cada parroquia los nombres de «Caídos en la Cruzada», y establecía que, en el futuro, se erigiera un monumento para rendir los honores adecuados al líder falangista. Como en todas las posguerras, el recuerdo y homenaje constante de los caídos durante la guerra sería un ingrediente fundamental para elaborar la memoria oficial del régimen que había salido de ella. Y ésta, a su vez, se convertiría en un poderoso instrumento a la hora de construir nuevas identidades colectivas⁹.

Es difícil establecer si lo que hubo en España fue una sacralización de la política, como ha demostrado Emilio Gentile para la dictadura fascista italiana, o, por el contrario, tal como defiende Giuliana di Febo, una politización de lo religioso. La fusión entre lo político y lo religioso en la España de Franco fue total. La Iglesia apoyó la causa de los militares rebeldes porque era también la suya, bendijo la guerra al convertirla en una «Cruzada», y, al invadir el espacio público con sus homilías, procesiones y demás ceremonias litúrgicas, explotó todos sus recursos en beneficio del «Nuevo Estado». Éste, por su parte, utilizó el catolicismo para sus propios fines. Es cierto que los militares defendían los intereses de la Iglesia, amenazados durante la Segunda República, pero también que recurrieron a las múltiples tradiciones religiosas, como las fiestas en honor a ciertos

⁹ Sobre la memoria de la guerra civil española es de referencia obligada el libro de AGUILAR, P.: *Memoria y olvido de la guerra civil*, Madrid, Alianza, 1996. La organización colectiva del duelo al término de las guerras ha sido abordada por WINTER, J.: *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great Civil War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Véase también MERRIDALE, C.: «War, death and remembrance in Soviet Russia», en WINTER, J., y SIVAN, E. (ed.): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 61-83. El protagonismo de la Iglesia católica en los rituales conmemorativos en honor de las víctimas «por Dios y por España» ha sido analizado por CASANOVA, J.: *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 295-305.

santos o vírgenes, y las dotaron de un nuevo significado. En realidad, en España no era necesario crear una liturgia estatal completamente nueva. La particular relación entre la Iglesia y el Estado hacía que las tradiciones católicas fueran, además de imprescindibles, mucho más útiles que las nuevas fiestas civiles, creadas de la nada, a la hora de conseguir que los españoles interiorizaran determinados valores o el discurso en torno a la «Patria»¹⁰.

Un ejemplo de cómo «el sentido católico de la Historia y la vida de España» podía recogerse oficialmente por el Estado para «incorporarlo a su política» fue la transformación del día 19 de marzo en la Fiesta del Pueblo Trabajador. El 1 de mayo había sido borrado de un plumazo en la nueva España de Franco y, lógicamente, había que buscar un sustituto adecuado. Nada mejor que el día de San José para conmemorar el trabajo de los españoles, pues permitía rebajar con el barniz del catolicismo el tono nacionalsindicalista de las declaraciones contenidas en el Fuero del Trabajo. Ideas como la «dignificación» y la «alegría» del trabajo en el «Estado nacional-sindicalista» se tomaban prestadas de las potencias amigas, pero en España se iba más lejos. Pues en lugar de mantener el 1 de mayo dotándolo de un significado diferente, como en la Alemania nazi, la celebración de los trabajadores se trasladaba a una festividad de carácter religioso cuyo sentido se ampliaba al tornarse político. La apropiación de lo religioso para fines políticos sería, en definitiva, una constante en la España de Franco.

El 12 de octubre sirvió en bandeja a los militares rebeldes más referencias simbólicas. Como la Virgen del Pilar estaba asociada a las ideas de Raza e Hispanidad desde antaño, su fiesta fue instrumentalizada por los insurgentes con gran facilidad. Cuando en agosto de 1936 unas bombas, supuestamente republicanas, cayeron sin explo-

¹⁰ DI FEBBO, G.: *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 2000, p. 180. Esta autora defiende que en España se produjo el fenómeno inverso a la «sacralización de la política» que Emilio Gentile detecta para el régimen fascista italiano. Durante la dictadura de Franco tuvo lugar una «politicización de lo sagrado», con la consecuencia de crear un modelo diferente de caudillaje, fundado en el carácter infalible del predestinado por la divina providencia. Las tradiciones locales de carácter religioso también fueron hábilmente explotadas por el fascismo en Italia, tal como ponen de manifiesto DE GRAZIA, V.: *The Culture of Consent. Mass organization of leisure in fascist Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, pp. 201-216, y CAVAZZA, S.: «Tradizione regionale e riesumazioni demologiche durante il Fascismo», *Studi Storici*, núm. 34 (1993), pp. 625-655.

tar sobre la plaza del Pilar de Zaragoza, el maniqueísmo se impuso. El episodio se interpretó como la muestra más evidente de que la virgen protegía al ejército de Franco y al proyecto que éste encarnaba. Las peregrinaciones, misas de desagravio y telegramas de condena comenzaron a sucederse desde entonces, cimentando las adhesiones en torno a la «Pilarica», el catolicismo y la causa de los sublevados, que era casi lo mismo. La Virgen del Pilar se convirtió así en la más adecuada intercesora ante el Altísimo por el triunfo de los «Ejércitos nacionales».

Dos años después, en octubre de 1938, la presencia de Ramón Serrano Suñer en Zaragoza durante las fiestas del Pilar no fue casual. Unos meses antes, en marzo y abril, el ejército franquista había realizado un llamativo avance, y la mitad oriental de Aragón, hasta entonces en poder republicano, había sido ocupada definitivamente. Era la primera vez que se celebraba la fiesta del Pilar sin un frente de guerra cercano y, según argumentaban, la primera vez en tres años que podía realizarse la tradicional procesión del Rosario de la Aurora. Al parecer, este rito había sido suspendido por el temor a que las innumerables luces que iban a brillar en la noche favoreciesen un bombardeo de la aviación republicana. La presencia de la multitud, por consiguiente, iba a ser más clara que nunca en los últimos años. Zaragoza fue testigo de la solemnidad de las ceremonias religiosas y de la exaltación de la «muchedumbre» que, en la calle, daba «rienda suelta a sus fervores (...) prorrumpiendo en vivas y aplausos». Como no podía ser de otra manera, se suplicó en diversas ocasiones a la Virgen para que intercediera por la «anhelada victoria».

A lo largo de estos días el ministro del Interior estuvo acompañado en todo momento de autoridades y de un grupo de ex cautivos, a quienes no quiso abandonar ni siquiera para pasar la noche. En un acto de solidaridad con las víctimas supervivientes de la «barbarie roja», el «cuñadísimo» decidió pernoctar en la Casa Amparo para acompañar a los miembros de la Asociación de Caballeros Cautivos de España que estaban alojados en ella. Durante el día adoró a la Virgen del Pilar, a la que besó, como era tradicional, y regaló un manto. El manto, de seda blanca, llevaba bordado el nuevo escudo de España con una dedicatoria en la que el ministro suplicaba a la Virgen para que derramara sus «celestiales bendiciones sobre el Imperio que simboliza(ba) forjado con tanta sangre de hermanos —héroes y mártires— por la Religión y por la Patria». La Virgen

quedó situada en el centro del discurso regenerador y triunfalista de los sublevados:

«Porque a costa de tanta sangre estamos forjando un nuevo Estado con las esencias de la hispana tradición que encuentra su centro en las doctrinas sobrenaturales del Catolicismo y su mejor impulso en las delicadezas de la piedad mariana. (...) Consideramos el Pilar como el eje inquebrantable de una ideología regeneradora que tiene por meta el sumo Bien, la suma Verdad y la Belleza suma»¹¹.

Al día siguiente, el 12 de octubre, se celebró la procesión del Rosario de la Aurora. Presidida también por Serrano Suñer, las autoridades de Zaragoza y los caballeros ex cautivos, atrajo a una multitud que, apiñada en las calles, recorrió la procesión, «aclamó delirantemente» a la imagen de la Virgen del Pilar y emitió continuos vivas a España y gritos de «Franco, Franco, Franco». Unos y otros «constituyeron un clamoroso homenaje de fe y de españolismo a la Virgen y a la Patria». El día 13 otra procesión, la del Pilar, era un espacio que permitía la participación controlada y organizada de los aragoneses. Las mujeres lucieron el traje típico aragonés, los habitantes de los barrios más poblados de la ciudad acudieron al centro «en tropel», e incluso hubo un elevado número de forasteros. Todo ello, junto a la magnificencia de las banderas y estandartes, las nutridas representaciones de asociaciones y cofradías, así como la vistosidad de los uniformes, hicieron de la procesión del rosario «el más innarrable espectáculo público de religiosidad y patriotismo que conoció Zaragoza desde hace muchos años»¹².

En definitiva, las pautas para la celebración de las festividades franquistas estaban ya claramente diseñadas. El boato y la ostentación estaban destinados a impactar, conmover, fascinar. Las autoridades civiles y religiosas, fundidas en un permanente abrazo, exhibían sus logros en la guerra y rezaban por la cercana victoria. El espacio de la población civil era marginal, pequeño, bien controlado, y su participación, de carácter laudatorio, un símbolo del lugar que debía ocupar en el Estado franquista. Estaba claro que tras el Día de la Victoria los españoles tendrían que luchar mucho para encontrar

¹¹ *Actos de Devoción de la Virgen del Pilar*, octubre de 1938, III Año Triunfal, Zaragoza, Artes Gráficas E. Berdejo Casañal, 1939. Folleto elaborado por la Junta Directiva de los Caballeros del Pilar.

¹² *Ibidem*, p. 30.

un espacio propio, el de la fiesta popular, porque ya no podrían disfrutar, siquiera por unos días, del mundo al revés¹³.

La conmemoración de la «Liberación» y la «Victoria»

La entrada de las tropas del ejército de Franco en Madrid marcaban el final de la contienda, la derrota definitiva de la República que durante casi tres años había resistido en medio de la indiferencia internacional y la escasez material. Pero la guerra continuaría después del Día de la Victoria, porque lo que siguió al último parte, radiado por todas las emisoras, fue la continua actividad de esos mecanismos depuradores que se habían puesto en marcha años atrás. En la «Nueva España» victoriosa no había lugar para quienes habían perdido la guerra, a menos que hicieran una renuncia abierta de su memoria, su trayectoria y su identidad. Las celebraciones de la victoria acompañarían ese proceso de exclusión, pues no sólo revestían los éxitos en el campo de batalla con significados heroicos rescatados del pasado más glorioso e imperial, sino que llenaban el espacio público de consignas triunfalistas, apelando a quienes habían apoyado la causa de los vencedores y dejando fuera, en cambio, a quienes la habían resistido o cuestionado.

Para alguien como Franco, que durante el conflicto armado había negado sistemáticamente cualquier acercamiento hacia el gobierno republicano, y negaba ahora cualquier posibilidad de reconciliación, la conmemoración de la victoria tenía que ser la ocasión para exhibir ese inmenso poder acumulado durante la guerra y proyectar el mito construido en torno a su persona. La entrada en Madrid tenía que ir seguida de grandes fastos, no había que esperar a los aniversarios. De ahí que un decreto estableciese el Día de la Victoria para el 19 de mayo de 1939 y fijase las maneras de conmemorarlo. Estaba previsto que el día anterior, el 18, se celebrasen en todas las provincias españolas festividades religiosas, desfiles y fiestas populares, «en las que participen todos los hombres». Y que el día 19 se leyera en las plazas mayores de todas las ciudades y pueblos de España tanto

¹³ Sobre la «verticalidad» que se impuso en la organización de la sociedad tras la guerra es muy interesante el trabajo de RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

la proclama de Franco al tomar el mando del ejército de África el 19 de julio de 1936, como el último parte de guerra emitido desde el cuartel del generalísimo.

Pero la victoria requería fastos mayores. El mismo día 19, un gran desfile atravesó las vías principales del Madrid del «no pasarán». Las protagonistas absolutas eran las tropas victoriosas que, bien encuadradas, recorrieron las avenidas del Generalísimo y de Calvo Sotelo ante la mirada del caudillo y de otras autoridades ubicadas en las tribunas. El imponente desfile acogió a todas las fuerzas militares y grupos de voluntarios que habían conseguido derrotar a la República, aunque también hubo un lugar destacado para quince mil flechas, formados delante de la tribuna del caudillo, y para una representación del Cuerpo de Caballeros Mutilados. Entre los asistentes, aparte de algunas «personalidades», la práctica totalidad de las «jerarquías» falangistas, a quienes se les facilitó la oportuna invitación. Otros actos menos solemnes ofrecieron un marco festivo para el desfile. La Diputación Provincial de Madrid organizó una corrida de toros en honor del Ejército, el Servicio Nacional de Prensa y Propaganda facilitó carteles murales a los comercios de la ciudad para que adornaran sus establecimientos, y el Ayuntamiento preparó una función de gala en el Teatro Calderón, donde se representó la zarzuela *Doña Francisquita*. Pero aunque se decía que las calles de Madrid estaban «pobladas por una muchedumbre saturada de fe y entusiasmo», venida de todas las partes de España para asistir a tan grandioso acontecimiento, lo cierto es que en las fotografías publicadas en la prensa apenas puede distinguirse una fina hilera de público poco entusiasmado¹⁴.

Algo distinta fue la celebración en provincias. Aparte de las lecturas recomendadas en el decreto, los actos para conmemorar el Día de la Victoria fueron variados. Hubo, como no podía ser de otra manera, misas, tedeum, repiques de campana y homenajes a los caídos, pero también festejos con un tono popular más claro. Así, en Burgos y Sevilla se realizaron conciertos de música a cargo de la banda municipal; en Vigo, concursos de canciones, bailes típicos y un partido

¹⁴ El Servicio Nacional de Prensa y Propaganda organizó para el lunes día 22 un concierto-homenaje al caudillo en el Teatro Español, con un programa que incluía, entre otros, a Beethoven, Mozart, Verdi, Wagner y a los españoles Chapí, Granados y Falla. Toda la información sobre las celebraciones de la victoria en *ABC* (Madrid), 18, 19 y 20 de mayo de 1939.

de fútbol; en Santander, concursos de bailes y cantos montañeses; en Salamanca, cohetes y «bombas imperiales»; en San Sebastián, desfiles de carrozas; en Granada, una romería al lugar donde habían estado las primeras líneas de combate; y en Málaga, además, un concurso de carretas, carros y coches adornados. Ahora bien, a partir de entonces la victoria ya no sería una fiesta, sino sólo una exhibición de los triunfos en la pasada contienda. Como a ella le debía el caudillo su legitimidad de origen, la celebración quedó reducida a un desfile militar destinado a imponer y sobrecoger a quienes lo contemplaban ¹⁵.

Alguna posibilidad de participación se abrió para los estudiantes de todos los centros docentes, pues un decreto del 12 de mayo del Ministerio de Educación Nacional establecía que la victoria debía conmemorarse mediante una serie de «conferencias patrióticas» en los días previos al 19. Tales conferencias, impartidas en escuelas, institutos y universidades, versarían sobre la «necesidad y significado de la Cruzada española», sobre «los hechos culminantes de la Guerra de liberación» y, claro está, sobre el caudillo de España, «artífice de la Victoria y salvador de la Patria». Los alumnos debían tomar notas de las lecciones en sus cuadernos y elaborar resúmenes. Después, los jefes del centro y los jefes provinciales del servicio nacional de Educación harían una selección de los mejores apuntes, y una comisión se encargaría de conceder algunas menciones honoríficas, que figurarían en los expedientes personales de los conferenciantes y alumnos. Nunca aprender una lección había sido tan premiado y nunca, tampoco, celebrar una fiesta algo sometido a un ejercicio de ideologización tan estricto.

Los días de Santiago y del Pilar fueron objeto de una atención especial el año de la victoria. El 25 de julio hubo, como siempre, misas con asistencia de autoridades, discursos y diversos actos organizados por el Arma de Caballería en honor de su patrón en varias ciudades. En esta ocasión fue el general Moscardó quien realizó la tradicional Ofrenda al apóstol ¹⁶. Unos meses después, la presencia del dictador en Zaragoza dotó a la Fiesta de la Raza de un significado

¹⁵ Similares objetivos tenían las celebraciones nazis, para lo cual utilizaron múltiples recursos emotivos y una elaborada estética. Así lo ha demostrado THAMER, H. U.: «Fascinación y manipulación. Los congresos del Partido Nacional Socialista Alemán en Nuremberg», en SCHULTZ, U. (dir.): *La fiesta. Una historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 319-341.

¹⁶ *ABC*, 26 de julio de 1939.

especial. Que la celebración se trasladase de la madrileña plaza de Colón a la basílica del Pilar, donde el caudillo entró bajo palio para asistir a la misa, orar con fervor y adorar a la Virgen, era una muestra más de la renovada fusión entre el poder político y el religioso. Según el titular de *ABC*, el caudillo había congregado a los representantes de los Estados hispanoamericanos, «sus hijos», para que le rindieran un homenaje. En sus palabras dejaba claro que la unidad y la fe iban a ser los puntales de la nueva era que se abría para España. La Virgen del Pilar quedó así definitivamente implicada en ese proyecto de regeneración nacional basado en el anticatalanismo, la centralización a ultranza y una utópica proyección imperial:

«Dos siglos de bastarda cultura han insistido de un modo suicida en cultivar todo lo que separa, olvidando todo lo que une (...). De esta destructora labor, que trascendió a la historia y la política, hemos padecido, en cada una de las partes y en el todo histórico de las gentes hispanas, compuesto de una fe y una cultura, de un cuerpo de raza y de una civilización original de una natural armonía que todos los separatismos, desde los de la filosofía a los de la política, han pugnado por destruir, impidiendo la libre pero también homogénea evolución de sus partes»¹⁷.

En los años siguientes la Virgen del Pilar fue objeto de veneraciones sin límite, sobre todo cuando la celebración del centenario de su venida en 1940 atrajo a miles de peregrinos desde toda España. La «Pilarica» dejó de ser una Virgen local para convertirse con más contundencia que nunca en la «Reina de la Hispanidad»¹⁸. La Fiesta de la Raza sería también una ocasión idónea para socializar a los más jóvenes en esos valores que se nutrían del imperialismo de siglos pasados, ahora frustrado. El recuerdo de tales grandezas debía mantenerse vivo, pero también el de la generosa obra colonizadora que los conquistadores españoles habían puesto en marcha. Para que

¹⁷ *Heraldo de Aragón*, 13 de octubre de 1939. Sobre las ideas de «hispanidad» y de «raza» como base del proyecto de regeneración nacional auspiciado por los sublevados, véase el trabajo de GONZÁLEZ CALLEJA, E., y LIMÓN NEVADO, F.: *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*, Madrid, CSIC, 1985.

¹⁸ El significado de la celebración de la Fiesta de la Raza en 1939 y la conmemoración del Centenario de la Venida de la Virgen del Pilar en 1940 han sido analizados por CENARRO, A.: «La Reina de la Hispanidad. Fascismo y nacionalcatolicismo en Zaragoza, 1939-1945», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 72 (1997), pp. 91-101.

tales heroicidades no cayeran en el olvido, se idearon algunas actividades complementarias. La delegación provincial de Educación de Almería convocó un certamen entre los centros docentes de la capital con el fin de premiar aquellos trabajos que mejor contribuyeran a la «exaltación de esta fecha». En 1943 el ganador fue un relato cuyo protagonista explicaba a su hermano pequeño las grandes aportaciones de los españoles al continente americano:

«Los indios tenían otra religión que era la de coger a los niños de 10 a 12 años y ponerlos en una piedra que tenía muchos orificios, después le hincaban el cuchillo y la sangre corría por la piedra. Los españoles les enseñaron a perdonar a los enemigos y les enseñaron a gobernarse. Para todo esto les pusieron tres cosas que son: una escuela para aprender, una Iglesia para rezar y un ayuntamiento para administrarse y gobernarse. (...) Cuando ya pasaron los años, aquellos indios ya no eran salvajes, ni se comían a las personas, sino que eran como nosotros. Pero para que esto sucediera tuvieron que ir muchísimos españoles y morir trabajando, dejando allí el sudor de su rostro y la sangre de sus venas. Por esto se alegran en el día de la Raza todas las naciones que son hijas de España. ¡Arriba España!»¹⁹.

El 9 de marzo de 1940 un decreto del Ministerio de la Gobernación fijaba de forma definitiva el calendario de fiestas. Serían días festivos, aparte de todos los domingos del año, una larga lista de fiestas religiosas y las llamadas «fiestas nacionales». Cuatro fechas quedaron incluidas en esta última categoría: el 19 de abril, Fiesta de la Unificación; el 18 de julio, declarado el año anterior Fiesta del Trabajo Nacional; el 1 de octubre, la Fiesta del Caudillo, y el 12 de octubre, la Fiesta de la Raza²⁰. No obstante, el decreto introducía unos matices muy significativos que señalaban cuál iba a ser la pauta dominante en las conmemoraciones de los años siguientes. En primer lugar, dos fiestas religiosas, el 25 de julio, día de Santiago, y el 8 de diciembre, la Inmaculada Concepción, adquirirían el carácter de fiesta nacional. En segundo lugar, el 2 de mayo y el 20 de noviembre quedaban reducidas a ser las llamadas «fiestas nacionales meramente

¹⁹ Fragmento de la *Selección de Trabajos Premiados con Motivo de la Fiesta de la Raza entre los niños de las Escuelas Nacionales de Almería*, Publicaciones de la Delegación Provincial de Educación Nacional de FET-JONS de Almería, octubre de 1944.

²⁰ Una orden del Ministerio de la Gobernación del 15 de julio de 1939 disponía que el día 18 de julio, declarado ya fiesta nacional a todos los efectos, fuera considerado además como «Fiesta de Exaltación del Trabajo».

oficiales». Esto implicaba una cierta devaluación de su significado con respecto a las «fiestas nacionales absolutas», pues no eran días feriados y el único requisito para respetarlas era cerrar las oficinas y establecimientos públicos. Por último, dos de las «fiestas nacionales» que tenían un tono civil más acusado, la de la Unificación y el Día del Caudillo, podían trasladarse a los domingos más cercanos.

Poco entusiasmo despertaron tales fechas entre la población civil, pues aunque las ciudades se engalanaban, el 1 de octubre solía celebrarse en Madrid con un tedeum en la iglesia de San Francisco el Grande y una recepción en el Palacio de Oriente, y en provincias con algunos desfiles y homenajes a los caídos. El 19 de abril se dejó sentir en los primeros momentos de euforia con misas de campaña, discursos exaltando la unificación y grandes concentraciones falangistas, como la que tuvo lugar en Valencia en 1940. En esta ciudad 200.000 falangistas, 80.000 hombres encuadrados en sindicatos y hermandades, muchachas de la Sección Femenina y flechas desfilaron ante una multitud que pasaba de 250.000 personas. Unos años después, en 1945, el Día del Caudillo pasaba casi desapercibido, pues la caída de los fascismos recomendaba discreción a otros dictadores, y la Fiesta de la Unificación se había reducido a una serie de «sencillos actos» en provincias, donde los jefes locales del partido daban lectura al decreto y recordaban la conveniencia de que todos los españoles siguieran unidos²¹.

Algo distinto fue el caso del 18 de julio. Los «actos de fraternidad entre patronos y obreros» y otras celebraciones, de matiz popular más acusado que otras fiestas civiles, se irían perdiendo a medida que avanzaba la década. En 1939, con la victoria muy reciente, se celebró una fiesta religiosa en el cerro de los Ángeles, con motivo del comienzo de las obras de reconstrucción del monumento del Sagrado Corazón de Jesús, pero también una misa de campaña y un imponente desfile con una notable presencia de falangistas. En otras ciudades hubo distintos homenajes y desfiles con los «voluntarios del 18 de julio» como protagonistas, pero en algunas se incluyeron partidos de fútbol, regatas, o la interpretación de «airosos pasodobles» a cargo de las cornetas y tambores de la Organización Juvenil. En los años sucesivos se tendió a resaltar el hermanamiento entre los

²¹ La descripción de estas celebraciones, en *ABC*, 3 de octubre de 1939, 3 de octubre de 1940, 2 de octubre de 1945, 19 de abril de 1940 y 19 y 20 de abril de 1945.

«productores», de ahí que los desfiles y las concentraciones de afiliados a las centrales nacionalsindicalistas fueran dejando paso a recepciones oficiales y a variadas muestras del paternalismo de la dictadura, como la entrega de donativos o viviendas protegidas a algunos obreros²².

Una orden del 18 de marzo de 1940 incluyó el 1 de abril, la Fiesta de la Victoria, en el apartado de las «nacionales meramente oficiales», lo que suponía dejar a los españoles sin ocasión de salir a la calle para celebrarlo. En realidad, esta fecha tan señalada estaba muy identificada con el desfile de las fuerzas militares en Madrid, ritual que sin duda impactaba a los asistentes pero difícilmente podía conseguir nuevas adhesiones. De ahí que la «victoria» se considerase menos eficaz que la «liberación» cuando se trataba de buscar el seguimiento de los españoles. La Vicesecretaría de Educación Popular, encargada de dirigir estas conmemoraciones, dotó a la «liberación» de un significado análogo al de la fiesta mayor de cada localidad. Así, aunque por la mañana no faltaban las ceremonias oficiales y homenajes a los caídos, los festejos previstos por la tarde debían corresponder a los tradicionales de cada pueblo con motivo de esta ocasión: gigantes y cabezudos, danzas y juegos populares, sardanas, bailes de salón, etc. De esta manera, al tomar parte en la fiesta de una manera más activa, se esperaba que los españoles experimentasen de forma renovada la felicidad de haberse librado del «yugo marxista»²³.

Veamos algunos ejemplos. En Barcelona, aparte de las consabidas misas, desfiles y ceremonias oficiales, el día 26 de enero de 1943 se celebró un «lucido festival popular» con un concierto a cargo de la banda de música de la organización Educación y Descanso, cantos y bailes regionales, un concierto por la banda de cornetas, chirimías y tambores de la Policía armada de Barcelona y, para terminar, un castillo de fuegos artificiales²⁴. En la localidad altoaragonesa de Barbastro sorprende el contraste entre ambas conmemoraciones. Para el Día de la Victoria la ciudad se engalanaba, el comercio cerraba sus puertas y se celebraba una misa de campaña y un desfile de

²² ABC, 18 y 19 de julio de 1939, 18 y 19 de julio de 1940 y 19 de julio de 1945.

²³ Así consta en *La Vanguardia*, 17 de enero de 1943, donde se exponen las normas para los actos conmemorativos de la liberación de la provincia de Barcelona.

²⁴ *La Vanguardia*, 27 de enero de 1943.

las fuerzas del Batallón de la Montaña número 6. Pocos días antes, el aniversario de la «liberación» había comenzado con una diana, como si de una fiesta popular se tratase, y para finalizar, gigantes, enanos, cucañas y una elevación de globos aéreos; los festejos de siempre. Por supuesto, no faltaba la misa ni la ofrenda de coronas ante el monumento de los Caídos, pero, desde luego, el tono que presidía estas celebraciones distaba notablemente de la solemnidad y el hieratismo que marcaban el 1 de abril. En otros lugares, como Larache, el cariz popular estaba presente ya en la celebración del 18 de julio. Entonces se realizaban, entre otras cosas, regatas, carreras ciclistas, juegos de cucañas, pucheros y sacos, concursos de feos y la elección de «Miss Verbena 1946». En definitiva, la apertura de pequeños resquicios para la participación popular en el ámbito local favoreció la implicación activa de los españoles en la celebración de los triunfos del caudillo²⁵.

A partir de entonces el calendario de fiestas no experimentaría cambios significativos. La principal novedad vino de la creciente exaltación católica que marcaba el tono de la posguerra española. Así, el 1 de junio de 1942, una orden declaraba festivo el día del Sagrado Corazón en todos los centros docentes, pues, aunque no estaba incluido entre las fiestas oficiales del «Nuevo Estado», «es indudable el arraigo que la alta significación de dicha fecha ha conseguido en nuestra Patria». Varios años después, el Concordato firmado con la Santa Sede en 1953 culminó un proceso de reconocimiento exterior de la dictadura iniciado unos años atrás. En el artículo quinto del mismo se insistía en que la legislación estatal debía dar facilidades para que los fieles pudieran cumplir sus deberes religiosos en los días festivos establecidos por la Iglesia y en las festividades religiosas locales. Pero Franco, adelantándose a satisfacer estos deseos, ya había incluido tales días en el calendario oficial. Eso sí, dar la mano al Vaticano supuso aceptar el 1 de mayo como fiesta de San José Artesano, instituida como festividad litúrgica por Pío XII, aunque se mantuvo «con todo su vigor, significación y solemnidad» la Fiesta de Exaltación del Trabajo que se celebraba el 18 de julio²⁶.

El desfile de la victoria dejó de realizarse con los años, aunque el día continuó reseñándose en la prensa con fotos del caudillo,

²⁵ Los datos de Barbastro, en *El Cruzado Aragonés*, 3 de abril de 1954. Los de Larache, en *Programa de las Fiestas conmemorativas del 18 de julio*, Larache, 1946.

²⁶ Así consta en la orden del Ministerio del Trabajo de 25 de abril de 1956.

artículos de opinión y el eco de algunas ceremonias solemnes. La efervescencia militar y falangista de los años cuarenta fue apagándose para poner en primer plano los fervores católicos y, desde 1964, las fiestas locales calificadas de «Interés Turístico Nacional»²⁷. Pero terminar con las celebraciones franquistas no fue tarea sencilla tras la muerte del dictador. El calendario de fiestas siguió intacto durante años, lo que dice mucho acerca de las dificultades de las fuerzas democráticas por hacerse oír y consolidar un nuevo régimen frente al enorme legado cultural e institucional de la dictadura. Un decreto del 11 de junio de 1976 mantuvo como fiestas nacionales el 18 de julio, el 12 de octubre y el 1 de mayo. El Día de la Victoria dejó de serlo por omisión, sin que en ningún momento se hiciera explícita su derogación. Fue un año después, en el verano de 1977, cuando el 18 de julio dejó de ser considerado fiesta nacional, si bien se mantuvo como día inhábil a efectos laborales. A finales de 1978, un nuevo calendario de fiestas laborales eliminó definitivamente cualquier festividad que recordara a la pasada dictadura, pero no introdujo ninguna nueva que permitiera conmemorar la recién estrenada democracia. Hubo que esperar hasta 1986 para que los españoles pudieran celebrar en un marco festivo el aniversario de la Constitución²⁸.

²⁷ Una orden del Ministerio de Información y Turismo (30 de septiembre de 1964) creó dicha denominación honorífica. Las fiestas elegidas, que debían ofrecer una «importancia real desde el punto de vista turístico», podrían optar a diversas subvenciones del citado Ministerio.

²⁸ Las dificultades para articular una nueva identidad nacional democrática a partir del calendario de fiestas, en AGUILAR, P., y HUMBLEBAEK, C.: «Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy», *History and Memory*, vol. 14, núm. 1/2 (otoño de 2002), pp. 121-164.